

BOLETIN DOMINICAL



CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA XX DESPUES DE PENTECOSTES

EL REGULO Y JESUCRISTO.

Por todas partes pasaba Jesús obrando maravillas sobre los cuerpos y sobre las almas, mostrándose dominador de la muerte y autor de la vida, y como tal, Hijo de Dios, y Salvador del género humano. Ahora se dirige segunda vez á Galilea donde habia obrado el prodigio de convertir el agua en vino.

Habia en Cafarnaum un hombre distinguido, un cortesano, *regulus*, cuyo hijo estaba enfermo á punto de morir, y habiendo oído que Jesús venía de la Judea á Galilea, fué á El y le rogaba que descendiese y sanase á su hijo que se estaba muriendo, *incipiebat enim mori*. ¡Loable solicitud! ¡amoroso anhelo! ¡Extrañas verdaderamente paternas! Emprender un viaje penoso, no perdonar fatiga ni dispendio y apelar á todos los recursos para salvar la vida de un hijo amado, gravemente enfermo, revela un conocimiento exacto de los oficios de la paterni-

dad, y un celo amoroso, digno de ser imitado: con todo ese padre no tiene fé viva y perfecta en el médico divino. Le rogaba que descendiese para sanar á su hijo como si no fuese dado á Jesús curar al enfermo sin verlo ni tocarlo. ¡Como sino pudiese darle la salud y aun resucitarlo despues de muerto con sólo su querer! Por eso le dice Jesús en tono de reconvencion: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis. El regulo no atiende á la significativa reprobacion del Salvador, y vivamente preocupado por la situacion de su hijo, ven, Señor, replica á Jesús, ven antes que muera mi hijo. Alabemos las instancias, los ruegos, las súplicas, las solicitudes de este cortesano. Muéstrase verdadero Padre, buscando con celo tan vivo y amoroso la salud de su hijo, pero no cree todavía como es debido, puesto que no tiene á Jesús por Señor de los tiempos, de los espacios, de la vida y la muerte. Estaba enfermo del espíritu el padre que venia en busca de amparo y de socorro para su hijo, enfermo del cuerpo, á punto de morir. Je-

sús hablará, y su palabra dará salud al hijo vista de fé, consuelo y regocijos al afligido padre. Ve-te, le dijo el salvador que vive tu hijo. *Vade, filius tuus vivit.* Entonces fué cuando creyó el régulo á Jesucristo, y de vuelta á su casa salieronle al encuentro sus criados y le dijeron que su hijo vivía y estaba sano. En efecto; apenas dijo Jesús: Ve, que tu hijo vive, se retiró la fiebre y el jóven se levantó del lecho, radiante de salud y de vida. El régulo preguntó á sus criados cuándo había tenido mejora su hijo, y le respondieron que á la una le dejó la fiebre el día anterior, la misma hora en que Jesús había dicho al padre suplicante: *Tu hijo vive.* Entonces creyó el régulo y con él toda su casa.

Hay aquí un asunto de mucha importancia en los tiempos que corren. Los oficios de la paternidad no se cumplen con el celo que reclaman los intereses de la familia, de la Iglesia y de la sociedad. Hay muchos hijos enfermos y son pocos los padres que procuran su salud. Una fiebre mortal, la fiebre de todas las concupiscencias devora y consume á la juventud de nuestros días. Los padres contemplan impassibles los progresos del mal, y no se cuidan de buscar el remedio. Vienen luego sin poder evitarlo la desdicha de los hijos, la ruina de las familias y la perturbacion de la sociedad. Voy á dirigirme al corazon de los padres de familia, mostrándoles el cuadro de sus deberes respecto á la educacion cristiana de sus hijos, sin la cual no es posible la felicidad eterna y temporal de las familias y de las naciones. En orden á estos fines ex-

pondremos el pasaje evangélico de este día, haciendo resaltar la solitud del régulo que busca con tanto interés la salud de su hijo enfermo y presentando tan escelentes ejemplos á tantos padres indolentes ó extraviados que no se cuidan de la salud moral y eterna de sus hijos. Así vereis *la necesidad de la educacion cristiana para la dicha temporal y eterna de los padres y de los hijos.*

Había en Cafarnaum un hombre distinguido, poderoso cortesano, padre de un hijo que estaba á punto de morir. Y era una fiebre maligna la dolencia que padecía el mancebo. No habia en lo humano esperanza de salvacion. El enfermo comenzaba á morir *incipiebat enim mori.* Su afligido padre conoce que va extinguiéndose por momentos la luz de aquella idolatrada existencia. ¿Qué hacer en tan crítica situacion? ¿A dónde acudirá en busca de socorro y de remedio? Habia circulado la noticia de que Jesús pasaba de la Judea á Galilea donde fué recibido como varon afamado por las cosas que habia hecho en Jerusalem de las cuales fueron expectadores. Y habiendo llegado segunda vez el Salvador á Caná de Galilea, súpolo el régulo y al punto se pone en camino para ir en busca del obrador de prodigios. Llegado que hubo á la presencia del divino médico, ven, le dice, ven antes que muera mi hijo. Jesús reprende al régulo por su poca fé, pero él, lloroso, amante de su hijo, tierno, solícito, suplica, ruega, no atiende á reconveniones, habla no con frases estudiadas sino con acento de padre, y repite su ruego á fin de conmover el corazon de Jesús.

Ven, Señor, antes que muera mi hijo. El Salvador se mueve á compasion y se digna consolar al afligido padre, diciéndole, Ve, que vive tu hijo. Y al punto sanó el enfermo, y creyó el desconsolado padre y con él toda su familia.

¿Quién no vé en el régulo un modelo de los padres de familia? ¿Quién no descubre lo delicado é íntimo de su amor, la diligencia y solicitud, el vivo interés y el celo infatigable que los padres deben manifestar en favor de sus hijos enfermos? Enferma está la juventud de nuestras días, y á punto de perder hasta fé, raiz y fundamento de la vida moral y sobrenatural de las almas. Vosotros lo veis y lo palpáis mejor que yo, testigos como sois de los vicios que afean y envilecen la vida de vuestros hijos. La fiebre de la soberbia, la fiebre de la ira, la fiebre de la vanidad, la fiebre de la lujuria, la fiebre de todos los goces más viles, de todas las diversiones más inmorales, de todas las concupiscencias más vergonzosas, hé aquí las enfermedades morales que padecen los jóvenes de nuestros días, he aquí las llagas hediondas que llevan en su corazon, la lepra que deforma sus costumbres, y el fuego que devora la salud de sus cuerpos y la vida de sus almas. *Ignis est usque ad consumationem devorans, et omnia eradicans genimina.* Fuego infernal que abrasa su espíritu y su carne, destruyendo hasta los gérmenes de todas las virtudes: Miradlos: llevan en su semblante el sello del vicio; oídlos, y no escucharéis más que palabras groseras, impuro lenguaje, y blasfemias horribles; observad sus costumbres, y no vereis

más que corrupcion y libertinaje, pecados y obras de pecado ¿Y no habrá remedio para esta pobre juventud que se nierde, que agoniza, que se muere á causa de sus excesos? Padres de familia: vuestros hijos estan enfermos, gravemente enfermos. Es preciso que cumplais vuestra mision apremia la necesidad de buscar el remedio, porque el mal avanza, y estais obligados á salvar á vuestros hijos, que estan á punto de morir *Incipiebat enim mori.* Teneis á la mano el remedio, y ¡ay de vosotros si no imitais la diligencia y solicitud del régulo del Evangelio!

Hé aquí la única medicina de probada virtud y de maravillosa eficacia, medicina siempre antigua y siempre nueva, medicina prodigiosa que dá vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, salud á los enfermos y vida á los muertos. Haced que venga Jesucristo al entendimiento de vuestros hijos y Él los iluminará, á sus corazones y los sanará, á sus almas y las vivificará porque Él es la verdad, la salud, el camino y la vida. La fiebre que los devora, no tiene otra causa que la falta de fé y de las prácticas piadosas. Oidlo otra vez, padres de familia: vuestros hijos se pierden porque no los educáis cristianamente y no los educáis cristianamente porque no teneis fé, ó la teneis muy débil, imperfecta, vacilante, casi muerta. Si creyeseis con fé viva en la eficacia de la Religion y en la virtud de sus prácticas tan sublimes como consoladoras, no miraríais con tan deplorable indiferencia la educacion cristiana de vuestros hijos. Hé aquí, pues, el cuadro de vuestros deberes;

educar cristianamente á vuestros hijos, ilustrando su entendimiento con las verdades de la Religión y sembrando en sus corazones los gérmenes del bien, las benditas semillas de las virtudes cristianas. Si no conocen á Jesucristo, ¿cómo han de amarle? si no conocen su doctrina ¿cómo han de practicarla? si no saben la ley de Dios ¿cómo han de observarla? si no tienen conocimiento de sus obligaciones ¿cómo han de cumplirlas? si no han visto la hermosura de la virtud ¿cómo han de aficionarse á ir en pos de sus inefables dulzuras y suavísimos perfumes? si desconocen los medios de salvación y los caminos de Dios ¿cómo han de salvarse? si no son verdaderos cristianos, sino oran, ni confiesan, ni comulgan ¿cómo han de ser virtuosos? si no son virtuosos, ¿cómo han de ser felices? Si vuestros hijos no son virtuosos por vuestro descuido y abandono, si son desgraciados por culpa vuestra, si se condenan eternamente á causa de vuestra negligencia, ¿habrá salvación para vosotros? No; esos hijos son de Dios, llevan su alma, criada por él á su semejanza y han costado la sangre de su Hijo. Vosotros ocupáis en la familia el lugar de Dios, y al entregaros esos hijos, obra de sus manos, os ha dicho estas palabras que compendian todos vuestros deberes: *Accipe puerum istum et nutri mihi.* Recibid estos hijos y criadlos para mí. Abandonar su educación cristiana y dejarlos crecer en la ignorancia religiosa, en la corrupción y libertinaje, es incurrir en la más tremenda responsabilidad, eso es criar hijos, no para la virtud sino para el

vicio, no para Dios sino para el demonio, no para el cielo sino para el infierno. ¿Qué esperan los padres de familia, indolentes, blandos, condescendientes, quizá cómplices, por ventura obradores de la perdición de sus hijos? ¿Creeis que no habrá juicio ni cuenta, ni castigo, ni juez que residencie á los padres culpables de cruel abandono y de criminal indiferencia en órden á la salud eterna de sus hijos?

Tened ¡oh! padres! compasión de vosotros mismos y de vuestros hijos. Cultivad su inteligencia, educad su corazón, arrancad de sus almas los vicios que las degradan y plantad las hermosas virtudes cristianas que son su más bello adorno y su más rico tesoro. Empuñad la vara de la corrección, y enfrenad sus pasiones, reprimid sus desórdenes, y dareis testimonio de abrigar entrañas paternales según está escrito: El que ama á su hijo, no descuide la corrección y castigo para que tenga alegría el día de la cuenta. *Qui diligit filium, assiduatur illi flagella, ut loletur in novissimo suo* (1). El que descuida la corrección, y no empuña la vara del castigo, no tiene á su hijo amor sino odio. *Quid parcat virga odit filium suum* (2).

Si tienes hijos, dice el sábio, instrúyelos y aplicate á encaminarlos por la senda de la virtud desde la niñez, porque cultivando la planta cuando es tierna y flexible, se elevará gallarda y lozana y dará á su tiempo abundantes y sazonados frutos. Si abandonais la corrección de esos

(1) Eecl., XXX, 1.

(2) Prov., XIII, 24.

niños que como tiernas plantas se crían en el jardín del hogar doméstico, crecerán encorvados hacia la tierra bajo el peso de sus malas inclinaciones y serán como uno de esos arbustos que plantado en la cima de la montaña, sin robustez y sin raíces profundas se ve azotado por el huracán que lo arranca de la tierra y lo lleva hecho un juguete por abismos y precipicios. Ese joven mal educado hará progresos en el vicio á medida que crece en edad y sus desórdenes le acompañarán hasta la tumba.

Corregid, pues, los defectos de vuestros hijos y no olvidéis que los tiempos son malos, tiempos de perversión, llenos de escollos y peligros para la edad de las pasiones. Vigilad, pues, los pasos de vuestros hijos, prohibidles las lecturas peligrosas, las malas compañías y sobre todo la asistencia á los espectáculos ilícitos, á las diversiones inmorales, á los báiles públicos, escuelas de impureza y desenfrenado libertinaje donde se juntan los jóvenes de uno y otro sexo y se entregan á todo género de licencias, centros creados por la civilización moderna para pervertir su inteligencia y corromper su corazón, logrando que pierdan la fé y la virtud y que naufraguen sus almas en el peor de los naufragios.

Trabajad con activa y amorosa solicitud por apagar ese fuego de impureza que devora su salud, y tened presente que no hay medicina eficaz para esa fiebre moral sino la educación verdaderamente cristiana, la practica de la Religión, y la frecuencia de los Sacramentos, la oración, la piedad, el amor y el culto

de la Santísima Virgen, medios fecundos, y poderosos instituidos por Jesucristo para sanar las enfermedades morales y hacer á los hombres obedientes, sumisos, honrados, justos, santos, hijos de Dios y herederos de su gloria.

Rogad, ¡oh madres cristianas! rogad á Jesucristo, instadle, apremiadle con vuestros ruegos, con vuestros suspiros y con vuestras lágrimas para que venga á vuestros hijos y los sane con su gracia, pues están á punto de perderse. Decidle, como el régulo: Ven, Señor, ven con tu luz, con tu gracia, con tu poder, con tu amor, antes que mueran para ajempre nuestros hijos! Dichosos padres si logran conmover el corazón de Jesucristo! Entonces oirán esta palabra de salud, de vida y de consuelo: Andad, que viven vuestros hijos. *Vade, filius tuus vivit* Padres de familia: vosotros podeis alcanzar este milagro, el milagro de sanar, de convertir, de dar otra vez la vida á esa juventud que está muerta, á esos hijos de vuestras entrañas, pupila de vuestros ojos, carne de vuestra carne, sangre de vuestra sangre, hueso de vuestros huesos. Salvadlos con vuestra tra vigilancia, con vuestros ruegos, con vuestro amor y Dios bendecirá vuestra casa como bendijo la casa del cortesano. *Et credivit ipse et domus ejus tota.* Así cosechareis en la tierra la abundancia de los dones celestiales y las recompensas de la gloria en las deliciosas mansiones del cielo, Amen.

LA PRIMERA MISA.

(Conclusion.)

Todos celebraron con alegres risas la alegoría de la Superiora; el señor Vicario desclavó la banderita para entregarla al misacantano, y propuso un brindis en honor de la buena religiosa.

De repente entró apresuradamente un hombre en busca del capellan: era un mozo del hospital, que venía á avisarle que un pobre moribundo pedía confesarse. Don Blas se levantó dejando su copa á medio beber, con esa prisa, con ese santo anhelo con que el buen sacerdote deja cuanto á él pertenece, para correr tras de un alma que pertenece á Cristo. Detúvose sin embargo su sobrino.

—Deje usted que yo vaya, tío, le dijo. El señor Obispo me dió ya las licencias y puedo confesarle..... Deje usted que le empiece á pagar hoy mismo tanto como le debo.....

Don Blas pareció titubear un momento; instóle á su vez el señor Vicario, y el buen anciano volvió á sentarse, exclamando con un acento que trajo lágrimas á los ojos de todos los circunstantes:

—¡Ve, hijo mío!... Ve, y aprende desde luego á ser esclavo de las almas que redimió Jesucristo...

El joven sacerdote llegó al hospital por un pasillo que ponía á este en comunicación con la casa del capellan. Tendido en el jergon estaba en un aposento bajo, el viejo que se habia desmayado en la iglesia; tenia una tremenda herida en la cabeza, causada por el golpe de una verga rota que le habia caído durante el temporal, dejándole clavada una as-

tilla; el nuevo golpe que recibió al caer en el templo desmayado de fatiga, se la habia introducido hasta los sesos, y al extraérsela el médico en el hospital, declaró que, recobrase ó nó el comocimiento, le quedaban pocas horas de vida. Habia al fin vuelto en sí el herido, y sus primeras palabras fueron para pedir un confesor.

El joven sacerdote se detuvo un poco, sobrecogido ante aquel horrible espectáculo, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Ja más habia visto el tímido joven correr la sangre; jamás habia sondeado tampoco los repliegues de una conciencia, y por primera vez en su vida veia una herida de muerte que brotaba sangre fresca, y veia al mismo tiempo asomar por aquellos ojos sombríos esas otras heridas del alma que encanera el remordimiento. El herido fijaba angustiosas miradas en la puerta, y no bien apareció en ella el sacerdote, murmuró con una voz bronca y entrecortada, que el estertor de la muerte comenzaba á hacer fatigosa, y que la angustia del pecado hacia aterradora:

—¡Padre cura!... ¡Mis pecados son inmensos!

—¡Infinita es la misericordia de Dios, hermano mío! exclamó el joven con un acento que le salia del alma.

De los ojos del moribundo comenzaron á brotar lágrimas sin cuento, y sus manos desfallecidas intentaron en vano levantarse para golpear su pecho. El sacerdote se inclinó hácia él diciendo palabras de consuelo, y pasándole el brazo por la espalda, le incorporó con cuidado: cayó en-

tonces pesadamente aquella cabeza desgredada y sangrienta, que parecía escapada de un patíbulo, sobre el inocente pecho del sacerdote, templo vivo de Cristo. Una hora duró aquella confesión, que entrecortaban de continuo los sollozos, que hacia á veces ininteligible el estertor de la agonía y cuyo valor aseguraban siempre las lágrimas ardientes del arrepentimiento.

El sacerdote levantó al fin su mano derecha, sin dejar de sostener al herido con la izquierda, y pronunció por primera vez la santa fórmula de la absolución, que borra los pecados del alma. El moribundo dió entonces un gemido de bienestar, y permaneció inmóvil por algunos minutos; agitóse al fin bruscamente, murmuró algunas palabras ininteligibles, abrió de un modo horrible los ojos y también la boca, y dando una violenta sacudida inclinó la cabeza hacia delante, dejando en la sotana y en el blanco alzacuello del sacerdote una roja mancha de sangre.

El joven conoció que había espirado, y le dejó caer suavemente en su triste lecho; cerró luego aquellos ojos, que ya no veían, y arrodillándose á la cabecera, oró largo rato. Levantóse al fin y se dirigió á la puerta, pero volviendo atrás por un movimiento instintivo de su corazón, que no supo explicarse, cruzó sobre el pecho del cadáver sus manos súcías y callosas, besándolas antes.

Cuando salió era ya de noche, y una Hermana de la Caridad le esperaba á la puerta.

—¿Y el herido? le preguntó.

—Ha muerto... como un santo, contestó el sacerdote.

—¡Bendito sea Dios! dijo la Hermana; y entregándole en papel doblado, añadió: Haga usted el favor de dar ese papel á don Blas... Es el pasaporte de ese infeliz, único documento que traía, y en él encontrará su nombre para apuntarlo en el Registro... Entró hoy á las once y lo enterrarán esta noche misma.

El joven guardó el papel sin mirarlo, y volvió á su casa profundamente conmovido, dirigiéndose al punto al despacho de su tío. Estaba éste sentado á la mesa, rezando los maitines del siguiente día, y por no incomodarle el sobrino, pues sabía cuánto le desagradaba que le interrumpiesen en el rezo, le dió brevemente el recado de la Hermana, le añadió que el herido había muerto perfectamente contrito, y se marchó á su aposento dejando el papel sobre la mesa.

—Bien, hijo mio, bien, le dijo el anciano... Buenas primicias te ha concedido el Señor.

Don Blas prosiguió pausadamente su rezo, y cerró al concluirlo su enorme breviario forrado de cuero; tomó entonces de sobremesa un cuaderno en que por ser el hospital pequeño y no muy frecuentado llevaba él mismo el Registro, y lo abrió para apuntar el nombre del difunto. Entónces desplegó aquel papel mugriento en que había de encontrarlo, y lo arrimó á la luz del velon para leerlo.

—¡Virgen Santísima! exclamó, dejándolo caer aterrado y llevándose ambas manos á la cabeza.

Largo rato permaneció inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, blancos los labios, y murmurado con

voz tan queda que apenas se oía:
—¡Madre de misericordia!... ¡Padre mio San Francisco!...

Volvió al fin á tomar aquel papel mugriento y casi todo roto ya por los dobleces, y leyó una y otra vez las cortas líneas que cerraba. Era un pasaporte común, expedido á favor de *José Luis Lopez y Garcia, licenciado por indulto extraordinario del presidio de Ceuta.*

Don Blas se levantó tambaleándose, y echó el cerrojo de la puerta; volvió de nuevo á sentarse, y permaneció más de una hora sin movimiento, con la vista clavada en aquel nombre, que había sacudido en un momento cuantas fibras podían vibrar en el corazón del anciano... Porque aquel José Luis Lopez era el padre de Pepito; era el malvado que había asesinado á su esposa, y huido con una mujer perdida, abandonando á su hijo; el criminal que preso al fin por la justicia había sido condenado á cadena perpetua en el presidio de Ceuta; el enemigo á quien el heroico sacerdote visitaba todos los años, para llevarle socorros materiales que el desvergonzado tatur aceptaba, y socorros espirituales que el criminal envejecido jamás quiso aceptar... Aquel era el pecador cuya conversión pedían incesantemente, hacía diez y ocho años, ambos ancianos; allí estaba el secreto que por salvar la honra de aquel niño inocente, habían ocultado en sus pechos cual un ascua ardiendo que les abrasaba, pero que nunca habían dejado escapar...

Y de repente veía el buen anciano que la mano de la Providencia

desataba todos los cabos, y concedía todos los ruegos. Un indulto extraordinario abría las puertas de aquella prisión que debía de ser su tumba; una borrasca le arrojaba en aquellas playas; una herida providencial le ponía á las puertas de la muerte, y un supremo golpe de la gracia le hacía depositar sus culpas en el seno de su propio hijo, y recibir la absolución de sus mismas manos inmaculadas!

Don Blas se estremeció de pies á cabeza... Pero el hijo inocente no había sospechado que aquel asesino á quien abría las puertas del cielo era su propio padre, y allí tenía él, ángel eustodio de su honra, la única prueba del fatal secreto; allí estaba en sus manos y podía hacerla desaparecer para siempre y en un instante.

El anciano no vaciló; cerró violentamente el Registro del hospital sin apuntar el nombre del difunto, y lo colocó en su sitio.

—¡La gracia de su primera Misa; ¡La intercesión de mi padre San Francisco! murmuraba.

Tomó luego el pasaporte, y lo quemó á la luz del velón, y de un soplo esparció despues las cenizas. Entonces abandonaron al débil anciano las fuerzas febriles que le habían sostenido, cayó al suelo de rodillas, y exclamó con voz apagada.

—*Nunc dimittis servum tuum, Domine!*...

El alma del padre criminal se había salvado, y la honra del hijo inocente estaba asegurada.

La gracia de la primera Misa había sido concedida.

LUIS COLOMA, S. J.